



EDICIÓN ESPAÑOLA

Méndez Alvaro, 2, 1.º

Apartaa 547.

Horas: de nueve mañana á una tarde

SUMARIO

CARAS BONITAS

- ABEL AMADO
Sección vermouth.
- SALVADOR VALVERDE
Princesas sevillanas.
- MANUEL DOMÍNGUEZ
Los bailes clásicos: «Mizarredo».
- JOSÉ A. CASTILLO
Boda.
- FELIPE SASSONE
Fué en un jardín...
- ADOLFO SANCHEZ CARRERE
Declaraciones importantes: Habla «la Rabanitos».
- DOMINGO GUANSÉ
El abrazo del odio.
- F. VILLEGAS ESTRADA
«Couplets» inéditos: «La belladona».
- J. PÉREZ RAMÍREZ
Plaza sitiada.
- FANDOR
Indiscreciones galantes: Guadalupe... la camarera.
- LEOPOLDO CASTROJERIZ
Rima.
- MATEOS, GASSÓ, MENOYO,
NAO, M.-S. y BÉTICO.
Varios dibujos y retrato de «la Coralito».



5

céntimos

«LA CORRALITO»

Hermoda ba.larina que alterna con gran éxito en el Edén Concert.



Mujeres y mujeres.

Yo no sé cómo les gustarán a ustedes más las mujeres: si en Invierno ó en Verano. Y no lo sé de ustedes, porque, además de lo difícil que resulta recoger la opinión de los lectores de LA HOJA uno á uno, empiezo porque no sé la mía!...

¡Pues no es casi nada el problema! A ver: pregunten esto mismo á sus amigos, y verán lo trabajosa que re-

to, y de menos dificultad para el «des-habille», si ha menester. Pero tiene sus inconvenientes la estación estival: uno de ellos es la pereza natural para todo movimiento—y sabido es que la gracia de la mujer se demuestra andando—; otro, el que el sudor baña su carne y la colora excesivamente, y, por último, que el calor dilata todo, y hay cosas que contra menos se dilatan, mejor. Una de ellas es precisamente, la mujer. Así es que

aunque estemos en Verano, no todo es fragancia y esplendor en la hijas de Eva. ¡Ricas mías!

El Invierno tiene, como el Verano, sus «pros» y sus «contras» en la cuestión del «Animate, Veremundo», y también merecen ser conocidas antes de que llegemos al fallo de definitivo.

Si: es encantadora la mujer con trajecito de paño obscuro, arrebuñada en ricas peles de nutria, armiño ó zorra, perfectamente enguantada y sombreado el rostro con el velo del sombrero... Parece más misteriosa porque más se oculta; más inquietante porque menos sabemos de sus formas y de su belleza... si: es interesante hasta lo enigmático; pero la mujer, en Invierno, tiene un lgero parecido a la mujer en Carnaval. Tras del antifaz voluptuoso é incitante,

¿qué rostro se oculta? ¿El de una joven, ó el de una vieja? ¿El de una belleza persa, ó el de una fea del indostán? ¿Cualquiera lo sabe!

Por lo demás, salvado la incógnita de la «interfecta», quizás la mujer en Invierno sea más confortable que en ninguna otra estación, y hasta más cálida... No hay nada que

DEL SEXO FUERTE



—Papá, no corras tanto.
—Es que tú no sabes lo que tira tu madre.

sulta la respuesta. Unos os dirán que no lo han pensado; otros, que lo pensarán, y los más, que les gustan en todo tiempo. Con los más me quedo yo...

Sin embargo, el asunto se presta á meditarlo. Meditemos.

En Verano, la mujer está más ligera de ropa, más provocativa, por lan-

EL PRINCIPIO DEL FIN



—Así es el mundo, hija. Tú empezaste de artista, y ya ves lo que eres... Y otras muchas empezin por lo que eres tú y acaban en artistas.

abrarse tanto como la misma nieve...

Claro que la primera impresión es desagradable; pero cuando la mujer es de nuestra medida, la reacción viene instantáneamente... Y miren ustedes por dónde en este momento todos somos jaimistas, y anhelamos la susodicha reacción.

El pleito está planteado, y ya no hay que hacer en él más que los resultandos y considerandos.

Y después, que sentencie como a cada cual mejor le acomode, que aquí no se engaña á nadie.

Dirán ustedes que nada dije del Otoño y de la Primavera; pero nada dije de tan simpáticas estaciones porque aquí no hay nada que resolver.

Las mujeres, en Primavera y en Otoño, están en un estado «simplista», que no deja lugar á dudas.

Aunque, en verdad, he de decir que á mí tampoco me ofrece duda alguna, ni en Invierno, por mucho frío que haga, ni en Verano, por mucho que apriete el calor.

Pero la cuestión es pasar el rato hablando de ellas. Y ya lo hemos pasado por hoy...

ABEL AMADO.

Princesas sevillanas.

Gloria.

Bajo los forolillos venecianos de un pintoresco patio de Sevilla, en una alegre fiesta de gitanos, conocí á esta graciosa gitanilla.

Tiene el rostro moreno, el talle fino, como rama de ban, leve y airosa, y es, por sus ojos y su pelo endrino, hermana de «Esmeralda» y de «Pre[ciosas]

Nunca tuvieron los gitanos una princesa tan gentil y tan traviesa como esta Gloria, que nació en Triana.

Virgen de bronce, señoril princesa morena hermana de la noche bruna, y de este sol meridional hermana.

Soledad.

Al contrario de Gloria, la traviesa gitana de la calle San Jacinto, es Soledad, su hermana, una princesa triste como la flor del terebinto.

Su perfil es egipcio. En la negrura de sus profundos ojos centellea un relámpago eterno de ternura que el borde de sus párpados sombrea.

En el portal humilde de su casa, siempre en espera del que nunca pasa, rueda el vivir monótono y silente de esta gitana triste, que cautiva con su serena gracia pensativa y con su encanto pálido y doliente.

SALVADOR VALVERDE.

CANTAR EN BOGA



EL BORRACHO.—Aburrida has de pasar la vida...

LOS BAILES CLASICOS

"MAZARREDO,"

Por la pendiente de la calle de Segovia baja una muchacha alta, morena, de tez cobriza con tonos bronceos, ojos serenos y acariciadores y gracia andrógina de felino voluptuoso.

Al rítmico compás de sus andares balanceáanse con armonía sus pomposos y turgentes senos y sus mórbidas caderas de curvas superabundantes.

Su cuerpo adorante embriaga y despierta deseos sensuales en los transeúntes.

Un joven achulado, peinado con ri-

zosa onda caída sobre la frente, con una gorra de cuadros y un pañuelo de seda al cuello, al pasar por su lado, la dice con apicada gracia:

—Oiga usted, «madrina»: si no hubiera ningún guardia, la echaba un piro.

—Pues «recostao» en aquel farol tiene usted uno—contestó la moza.

—¡Maldita sea! Siempre se les va cuando no hacen falta... Pero, además, tengo yo 1.000 pesetas «pa gastármelas» en piropearla.

—«Desagerao».

Al terminar esta frase, la chulilla torció por la calle de Mazarredo, y al vaivén del taconeo menudito y nervioso de sus diminutos pies, se internó en un recinto, en cuya puerta, con caracteres muy grandes, se leía: «La Gloria».

Era el baile llamado vulgarmente «Mazarredo».

El chulo, que había quedado prendado de los encantos de la dicharachera muchacha, puesto á seguirla hasta el fin del mundo, también quiso rendir culto á Terpsícore.

Un portero de galoneada gorra se interpuso á su paso, diciéndole con tono austero:

—No puede pasar.

—¿Y por qué no puedo penetrar yo? ¡El «Niño de las Ojeas»!—preguntó petulante, con olímpico desdén, el chulillo.

—Porque lleva usted pañuelo al cuello...

—Haberlo dicho antes... y hubiera venido de levita.— con gesto impertérrito, faz te nebrosa de «perdonavidas» y en el colmo de su paroxismo, alejóse el lenguaraz postinero, rezongando entre dientes:

«Que estoy pasando un verano que no me divierte un día...»

En el salón rectangular de grandes proporciones, en cuyos testeros, y empotrados en la pared, hay varios espejos, de cuyos reflejos opalinos gusta servirse la horda alegre y dorminguera.

A los lados del local, en amalgama pintoresca de cadenera y flores de papel multicolor, hay varios palcos ó reser-

DEL HOGAR



—Mío era el dinero y mías las sábanas, y hasta el último mueble era mío. ¿Qué has ido perdiendo, pues, en el matrimonio?

—¿Yo? Nada. ¡Por eso estoy descontenta, porque no he perdido nada!...

LA BOMBILLA EN INVIERNO



—Chica, aquí, en este tiempo, para entrar en calor hay que bailar.

vados, donde los «juerguistas» lucen su generosidad en las consumaciones de las hembras.

En un espejo, letras pintadas con yeso anuncia este sensacional regalo:

«Esta noche gran rifa de una falda de barros para señora.»

Enfrente de la puerta, al otro extremo, está el ambigü, en cuyas anaquele-rías alineanse muchas botellas de lico-res y bebidas de varias marcas.

En mesas y veladores aguardan a-deantes los parroquianos á que les sir- van alguna bebida para refrescar la garganta y calmar la sed.

Suena el repiqueteo metálico de un timbre.

La banda militar lanza al espacio las sonoras y monorrítmicas notas de un pasodoble zarzuelesco.

Varias parejas, en movimientos lú- bricos de concupiscencia venusina, bai-

lan, formando las figuras más ridículas y obscénicas que aquelarre de brujas y Satanás pudieron apetecer para noche de sábado.

Es un baile frenético de moda, llamado el «fuelle», danza de espasmos y liviandad.

En los bancos que circundan el amplio salón descansan modistillas enfáticas y cloróticas del vivir mundano y alegre, mostrando á los galanes juveniles sendos y marfileños descotes, proporcionándoles el placer de contemplar un verdadero curso visual de Anatomía.

—Oiga usted, reina del Parnaso. ¿bailamos esta polca?—pregunta Pepe «el Ricitos» á la «Trini».

—No puede ser: me mareo.

—Ande usted, mujer «inreflesiva». Vamos á dar más «güeltas» que una cambianta... Usted se va á comer «to» lo que yo gane trabajando... los domingos.

DEL AMOR DOMÉSTICO



—¿Le extraña que la señorita me haya tomado?

—Me extrañas tú, porque conozco muchas doncellas que quieren ser guapas; pero no sabía de ninguna guapa que fuese doncella.

—Bueno, bailaré; pero no me diga usted chicoleos, que lo ha prohibido el alcalde.

Y contraído su rostro cerúleo en un gesto de arrogancia y gracia efímera, que evocaba el recuerdo de la figura de Salomé, levantándose del asiento, se abandona en los brazos de Pepe «el Ricitos».

Un muchacho joven, el semblante matizado con la gracia risueña de un Narciso, de aspecto señorial y con sombrero de paja y un lazo de grandes dimensiones cuyas puntas emergían e un cuello de piqué, como alas de etérea mariposa, dice a una chiquilla joven:

—¿Hace usted el favor?

De este modo invita a bailar a la chula morena, de grandes ojeras, la cual, mofándose de su empaque aristocrático y cursi, hace una seña negativa con la cabeza.

A Un chulo, desde enfrente y a gran distancia, llama la atención de la hembra con un siseo prolongado y soez. Ella acepta al apuesto «Adonis» de la chulería andante.

El pollo a quien ésta rechazó, ahora, pletórico de timidez, con lentitud Perezosa, danza con otra chullilla... Es su «début» de bailarín.

—Hijo mío, la polca se marca más, «vivales». Usted es un «marmolillo»...

—Es que no entiendo de chotis, mazurcas y habaneras...

—Ya se conoce. Se está más quieto que si le fueran a retratar. «¡So pasmao!»

Y pretextando estar cansada, le deja plantado en mitad del baile y se aleja murmurando:

—¡A ver si echa raíces!

Momentos después entraba en el salón «el Niño los Calambres», chulo pinturero, poseedor del cariño y pequeños favores de la «Trini».

Todos le conocían; era el terror entre su camaradería de hostel y burdel. De instintos sanguinarios y matarife de profesión, lo mismo le daba sacrificar a una res que a un hombre.

Al verle acercarse a «Trini», que bailaba con Pepe «el Ricitos», todos presintieron la añoranza de una catástrofe.

El terror se adueñó en los semblantes, y entonces «el Niño los Calambres», cínico y falaz, con trágico ademán de amenaza, deslizó estas palabras en el oído de «Trini»:

—Oye, «arrastrá»: «sacúdete» seis «beatas»...

MANUEL DOMINGUEZ.

BODA

Mucha luz en el altar, gran lujo, enorme riqueza, y en una linda cabeza el simbólico azahar.

Claras muestras de dolor llorosa la novia daba, porque en la boda faltaba un invitado: el Amor.

JOSÉ A. CASTILLO.

Felipe Sassone

Si queréis conocer á un artista, á un hidalgo y á un aventurero de los que en nuestro siglo de conquistadores llevaron por el mundo el desenfado, la generosidad y el valor español, haceos presentar á Felipe Sassone.

Su mano fina y aristocrática, nacida sólo para manejar acero, estrechará la vuestra con tanta firmeza y tal efusividad, que en ella os dejaréis prendido el albedrío. Del mismo modo que se apoderará de vuestra simpatía con su chispeante charla, llena de luz y de color, y en la que abundan las hipérboles, la fantasía, el *esprit*, la tolerancia y la crítica más mordaz.

Felipe Sassone no es un hombre de esta época, y á su esbelta figura é interesante cabeza cuadrarían

mejor que las fundas de nuestra anties-tética indumentaria, las gallardías y atrevimientos de color y forma de las ropas antiguas. No se concibe que un enamorado como él de la Esgrima y de los lances de honor, en que tan experto y exquisito es, no lleve al cinto la espada, que con tanta maestría y arrojo maneja.

Y esto que al exterior se refiere, se intensifica en lo pertinente al espíritu, porque Sassone ha nacido para discutir

con Gómez de Quevedo la rima de una letrilla, arrostrar los peligros de una conspiración ó solucionar á estocadas las aventuras de amor.

Por esto, por ser tan bueno, tan inteligente, tan bravo y tan artista, Felipe Sassone, adondequiera que vaya, estará en su patria y será un modelo de caballeros y de amigos.

Su triunfo en la Princesa con el her-

moso drama *El intérprete de Hamlet*; sus éxitos en el *Gil Blas*, del gran poeta López Alarcón; sus versos hermosísimos, el encanto de su trato y su temperamento de mosquetero, hacen de Felipe Sassone una personalidad de simpatía irresistible.

Para regalo de nuestros lectores, publicamos el soneto con que tan magnífico señor honra á esta picaresca y desvergonzada HOJADE PARRA, en la que, pese á quienes creen

Fué en un jardín...

*Fué en un jardín, en tálamo de flores;
bajo la media luz, de media luna;
entre estatuas desnudas, al son de una
música de agua de los surtidores.*

*Á mi impetu sensual, cayó rendida;
virgen en flor, el goce fué infinito:
un suspiro, un sollozo, un beso, un grito...
¡y un olvido supremo de la vida!*

*Entre mis brazos retorcióse loca,
convulsionada en el espasmo ardiente...
¡De su sangre el sabor sentí en mi boca!*

*Y cuando en calma ya, la dije: «¡Mial»,
noté entre las estatuas de la fuente
la cabeza de un fauno, que reía.*

FELIPE SASSONE.

lo contrario, se rinde culto al Arte y á la Literatura, y sólo hay una preocupación: desarrugar el ceño de los lectores y hacerles olvidar tristezas y miserias de la vida.

¡Ojalá Felipe Sassone encuentre entre nosotros alivio á ese gran dolor que ha convertido un hombre lleno de alegría y esperanzas en un desengañado, y que ha hecho sangrar á su generoso y bravo corazón!

DECLARACIONES IMPORTANTES

HABLA "LA RABANITOS,"

PARECE que lo estoy oyendo:
—¡Declaraciones importantes
«la Rabanitos?... ¡Bah!...

Guarden ustedes su desprecio para
mejor ocasión, y escuchen, ó lean, más
propriadamente dicho.

«Declaraciones importantes», hasta
ahora, sólo se consideraron aquellas
que á los «reporters» hicieran los hom-
bres públicos.

¡Y las mujeres? ¡Por qué no han de
poder hacerlas también? ¡Con tantas
cosas interesantes como tendrán que
contar las pobrecitas!

¡Cuántas reputaciones se vendrían
abajo si ellas quisieran hablar!

E CONFLICTOS «MUNICIPALES»



—Ella dice que llevaba la derecha.
—Y yo también la llevaba, zeñó guardia...

Para el arreglo de todo problema so-
cial, engendrado, principalmente, en
la lucha de clases, es necesario de todo
punto escuchar y atender las justas la-
mentaciones del que está debajo.

Por cuya razón, las mujeres, nuestras
eternas esclavas, deber ser oídas.

Se hace preciso, pues, ir á inter-
viuvarlas.

Y atenderlas.

Pensándolo así, me fuí el otro día en
busca de «la Rabanitos».

En descargo de mi conciencia, co-
menzaré por decir á ustedes que «la
Rabanitos» no es ninguna «estrella»
del género cupleteril, como alguno po-
dría suponer maliciosamente.

«La Rabanitos» es una de tantas ru-
bias, oxigenadas sin necesidad de ir al
campo, que pasean por ahí el atractivo
de sus hebras de oro «full» para tro-
carlo en monedas de plata «chipén».

Más claro: «la Rabanitos» pudo na-
ber sido una gran «estrella». Sin em-
bargo, no es más que una «bribona».
De eso, al menos, se la reputa.

¡Desgraciada! Se conformó con ser
lo último.

Para encontrármela tuve que dar va-
rias vueltas por las calles más céntri-
cas de la población.

«La Rabanitos», como todas sus
compañeras de infortunio, no sale nun-
ca del centro.

Se comprende.

Es donde tiene el negocio.

En la calle de Sevilla, cerca de la
Carrera de San Jerónimo, di con ella.

La excesiva lentitud de su caminar
llamó mi atención.

—¿Dónde vas tan despacio?—la pre-
gunté.

—Pues voy á la Carrera—me con-
testó.

—¿Tienes muchas ocupaciones?

—Ninguna, desgraciadamente.

—Me alegro.

—¿Sí? ¡Qué rico!

—Así podrás venirte conmigo á to-
mar café.

—¿Solo?

—O con leche. Como más te guste.

—¡Simpático!... No es por ahí.
Quiero decirte que si no te pagas otra
cosa...

—¿Tienes dolor de estómago?

—Lo que «abillo» es una «gazuz» de
doble ancho, que ¡«pa» qué te voy á
contar!

—Pide lo que quieras. Yo te lo pago.

—¿No es de «nen»?

—Tú lo verás. Anda.

—¡Ele ahí los tíos «endiñando»
pasta!

Entramos en el Colonial.

Nos sentamos en el turno de la ventana.

El mozo que nos sirve debió ser en sus buenos tiempos autor dramático.

Se le conoce en seguida. Sale en cuanto oye una palmada.

«La Rabanitos» pide. Yo, mientras tanto, saco las cuartillas y me dispongo á escribir.

—¿«Pa» qué es eso?—interroga ella.

—Voy á hacerte una interviú.

—Pagándome la «manducatoria», «pués» hacerme lo que quieras. «Tíes» mi permiso.

—¿De modo que no habías comido aún?

—Ya lo ves claro.

—¿Con esa cara!... ¡Parece mentira!

—Pues es «la pura». La calle se está poniendo «ca» vez peor. No hay «una gorda».

—¿Tú lo crees?

—¿«Pa» chasco! Este oficio, como «toas» las cosas, se está poniendo pero que «mu» mal. ¡Con esto de la guerra!...

—¿También á vosotras os perjudica la cuestión internacional?

—¿A ver qué vida! ¿No has visto la de «mamoaselles» que se nos han «descolgao»?

—¿Ya, ya! Parece que estamos en el cerebro de Europa.

—Por eso tengo yo ahora tanto jui-
cio.

—¿Sí?

—¿Tú sabes la competencia que nos hacen? ¿Y lo «frescales» que son? Raro es el día en que no tengo que dejar á alguna sin padre. Y sin «abuelos».

—¿Pobrecillas! ¿Qué culpa tienen ellas de vuestra crisis?

—También es «verdá». La culpa de que nosotras nos veamos así no es suya solamente. Es de las aficionadas.

—¿Las aficionadas? Si no te explican...

—¿No caes?

—Confieso que no.

—¿Vaya un periodista! Pues la cosa no «tié» mucho que cavilar. Ya sabes que los «aficionaos» son los que estropean «toa» clase de artes y oficios.

—¿Porque lo hacen más barato?

—¿Y tan barato! Unos porque son hijos de buena familia y «tién» el coci asegurado, otros porque «quien» darse á conocer y otros, la mayoría, por amor al arte, la cuestión es que casi ningu-

no cobra su trabajo. ¡Calcula si no perjudicarán al que vive de ello!

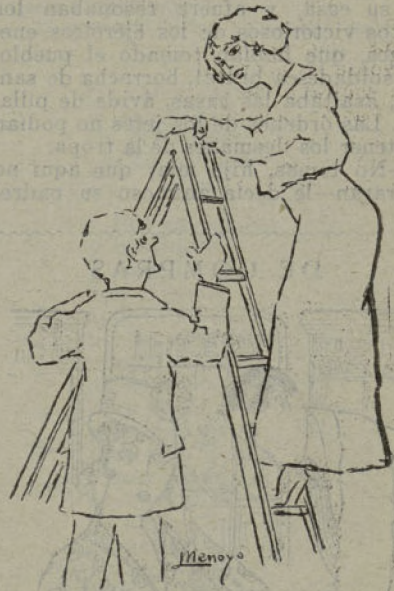
—Tienes razón. Y vuestro «oficio», ¿sufré esa competencia?

—Más que ninguno. ¡Si tú supieras el daño que nos hacen «las decentes»!

No quise continuar mi interrogatorio.

Esta declaración, tanto ó más importante que la de cualquier político al uso bastaba por sí sola para dar el

UN BUEN CONSEJO



—Está muy alto. Cuanto más subas, mejor...

—Mejor para ti, ¿verdad?

interés necesario á mi información reporteril.

Ya lo saben ustedes, gobernantes moralistas:

Se impone un castigo ejemplar para la decencia.

ADOLFO SANCHEZ CARRERE.

El abrazo del odio

ERA ella una de estas hembras que, sin ser muy guapas, tienen en su cara y en su cuerpo el sensual encanto de encender vibrantes los deseos; al través de sus ojazos negros y alucinantes se transparentaba su bravía alma de fuego; sus labios eran rojos como dos ardientes llamaradas de lujuria; sus senos turgentes y opulentos como las más plerónicas ánforas del placer y de la vida.

Y esta mujer, hecha como para presidir los festines más ardientes de la sensualidad, lloraba ahora entre los brazos caducos y temblorosos de su padre. Lloraba de miedo: estaban solos en su casa, y afuera resonaban los gritos victoriosos de los ejércitos enemigos, que habían tomado el pueblo. La soldadesca brutal, borracha de sangre, asaltaba las casas, ávida de pillaje... Las órdenes de los jefes no podían contener los desmanes de la tropa.

—No temas, hija mía, que aquí no entrarán—le decía animoso su padre.

DE COMPRAS



—Pues, sí, señora... Es según el estado. A las viudas les gustan las novedades; á las casadas, el entrédós, y á las solteras, la pasamanería.

Mas apenas estas palabras fueron dichas, cuando la puerta saltaba a un empuje violento, y la chusma feroz se precipitaba donde estaban ellos...

Armarios, cajones... todo fué saqueado...

De pronto, uno de aquellos soldados, rojo, desmelenado, con las barbas crecidas, con el uniforme roto, se detuvo ante ella, mirándola ansioso con los ojos encendidos, chisporroteantes de lujuria... Tendió el brazo con ademán de cogerla, y ella se esquivó. Balbuceó él no sé qué torpes expresiones, que, á pesar de ser dichas en idioma extranjero, la muchacha comprendió, quizás por el gesto grosero que las acompañara. Rápidamente corrió á esconderse en la habitación contigua. El soldado la siguió. El viejo se interpuso entre ambos, firme, en el dintel de la puerta: parecía otro hombre más viril, más enérgico; sus espaldas se habían enderezado con un esfuerzo de voluntad supremo; con la mirada fiera, encendida de indignación, parecía contener al soldado. Este miró al viejo y vaciló un instante; su actitud infundía respeto; pero miró á la hembra, y sintió arder en su alma un volcán de apetitos insensatos; el deseo alucinó su cerebro: fué como una ráfaga cegadora de locura.

—Aparta—rugió con voz ronca.

Negó el otro con ademán resulto:

—¡Nunca!

—¿Que no?... Ahora lo veremos...

Se hizo un paso atrás... Sonó un disparo... El soldado saltó por encima del cuerpo del viejo, aún palpitante...

La muchacha, enloquecida, lanzó un grito de horror. El se le acercó lentamente. Tenía un aspecto feroz, salvaje; no pueden ver figura más siniestra que aquella; ni los dementes en sus delirios de furor. Ella retrocedía con espanto; sentía un miedo y una angustia infinita... De pronto, con movimiento convulso, cogió una silla, dispuesta á defenderse... El soldado se rió, rió con una risa hueca, tal como deben reirse los demonios. La resistencia encendía más y más su fiebre erótica.

Se abalanzó sobre ella con ímpetu feroz... Vacilaron un instante cogidos, con la silla en alto, y, al fin, cayeron rodando por el suelo.

Ella se defendió entonces con mordiscos y arañazos. Rugía él como una bestia; era aquello un aguijón, un es-

polear más á su apetito voraz, desordenado...

Forcejeaba, forcejeaba ella para rechazarlo; pero él era tan fuerte, que la pobre no podía, no podía... Y la voz se le ahogaba en la garganta... Y faltaba aire á sus pulmones... Y se le anublaban los ojos; no veía ya más que las pupilas fosforescentes del soldado, que le parecía que se agrandaban, se agrandaban como los de un fabuloso monstruo inhumano...

Se rindió, al fin, extenuada, medio desvanecida...

Sería muy difícil explicar el estado psicológico, las distintas sensaciones que entonces su cerebro entontecido percibió. Sentía su boca mordida por mil besos ardientes, sus senos estrujados por brutal abrazo...

¿Por qué, Dios mío, aquel repugnante abrazo de odio, criminal y nefando, puede engendrar la vida como el honrado y sereno amor?

DOMINGO GUANSE.



"COUPLETS," INÉDITOS

"LA BELLADONA,"

(MÚSICA DE BLAS PÉREZ VELASCO)

I

Un boticario
viejo y chismoso
la hacía el oso,
loco de amor,
á una «divetta»
bella y discreta,
que no respeta
nada de amor.
Pero al mancebo
de la botica
también le pica
curiosidad,
y, ayer, el chico
se fué del pico,
y el muy borrico
dió en murmurar...
que, por las siestas,
el licenciado
duerme agitado
y en alta voz,
y escandaliza
la rebotica
como se explica
mi buen señor:
«¡Oh, la italiana!...
la bella dona...

DE COMPRAS



—¿Pero usted no quiere una falda para nérsela á menudo?

—Al contrario, señor: para quitármela...

¡la cancionista,
la soberana!...
¡la bella dona!,
¡la bella dona!...

II

Pos escenarios,
y bastidores,
y corredores,
don Hilarión
anduvo muchas
noches de fiestas,
noches de estas
de buen humor.
Pero escenarios
y bastidores,
como las flores,
tienen unas,
unas espinas,
de agujas finas,
cuyas espinas
suelen pinchar;
pues es lo cierto
que don Hilario,
el boticario,
vino á enfermar,
y en el delirio
de calentura,
grita y murmura
cuando le da:
«¡Oh, la italiana!...
¡la «belladona»!...
¡la cancionista,
la soberana!...
¡la «belladona»!...
¡la «belladona»!...»

F. VILLEGAS ESTRADA.

PLAZA SITIADA

I

EL general asedia heroicamente a la viuda alegre. ¿No lo habías notado, Lelé?

—No.

—Pues observa, observa; este rincón es un punto muy estratégico para atalayar toda la sala. Fíjate en Rosita; baila de codos.

—Tiene el aire de elegancia de una

AUSCULTANDO



Ella.—¡Anda, no tienes corazón!

El.—¿Qué no? Y más grande que tú.

Ella.—¿Y qué sabes tú cómo lo tengo yo?

de esas princesas que son fregonas en los cuentos... Oye: ¿cuántos novios habrá tenido Rosita, contando con este de ahora?

—Veintidós. ¡Qué bruta! Los tiene apuntados por orden riguroso de fechas, con pelos y señales.

—Era bonita desde luego, y todavía se le supone; pero está bastante deteriorada. Claro: entre veintidós...

—Pues se casa con este actual.

—Sí: con el último, como siempre. Ya ha mandado hacer siete vestidos de boda.

—El que se case, al fin, con ella los pagará todos.

—Oye: ¿y será verdad que Guillermina ha reñido fuerte con su marido?

—No sé: pero se ha reconciliado con su amante... Y el marido, mientras, anda de coronilla por cierta bella y sugestiva duetista que actúa en un «cine».

—Sí: son dos hermanos, no sé si auténticos: los «Hermanos Gonzaligton»; él es excéntrico inglés, creo que de Barcelona, y se gana la vida con batacazos mortales..., y ella le da bofetadas, etc.

—El marido de Guillermina bota más que el excéntrico, por ella.

—Pero la «Gonzaligton» no le dará bofetadas, como su mujer... Después de todo, y mirando justamente las cosas, si Guillermina dice ¡Viva la libertad!, no va a ser menos el marido.

—Es verdad; pero... ¿sabes, Lelé, que me van interesando grandemente el general y la viuda alegre? ¡Ese veterano general, más veterano que general!...

II

—¿Te fijas, Lelé? Porque el lance es para reír: la está sitiando materialmente. El general tiene una brava hoja de servicios, y no querrá perder su fama de conquistador. Se cuenta que en cierta ocasión defendió él solo una garita, y, además, ha tomado parte en una de nuestras derrotas gloriosas... ¡Qué cerco le tiene puesto a la viuda! La rendirá, de seguro, porque es osado y terco el sitiador, y porque la plaza es de las que capitulan.

—¡Pero si el general tiene ya sesenta primaveras!...

—No, mujer: tiene cincuenta y nueve...

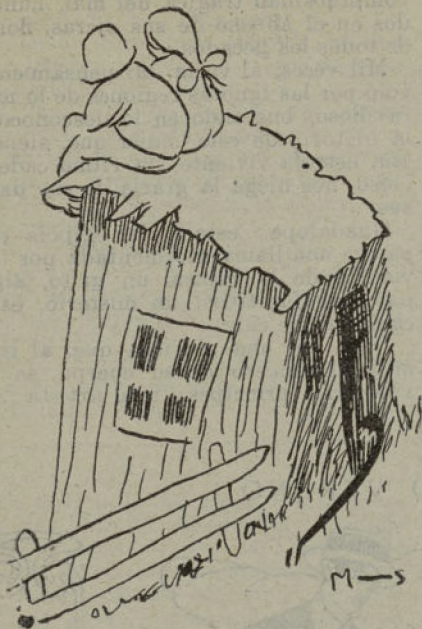
—¡Qué remolino, señor! Esto es para una polca de Chueca, con organillo... Mira a Leoncia y al ingeniero; se muerden con los ojos como dos animales; así llevan el paso, que han confundido el vals con la grecorromana... ¿Y esos? ¡Ja, ja!... Van al galop...

—¡Qué bonito vals está tocando Sala!

—Se llama «Serenitá».

—Pues bastante mal lo interpretan las parejas. ¿De qué autor?

LA BUENA GRAMÁTICA



—Oye, Juanín: ¿quieres que nos echemos abajo?

—Pues ¿dónde querías que nos echásemos? ¿Arriba?

—Del mismo Sala.

—¡Ah! Pues entonces no está mal del todo, ¿verdad? ¡Demonios! El general charla ya por las bocamangas. ¡Vaya un bombardeo prolongado! Pero la viuda alegre maldito el caso que está naciendo de la perorata que el viejo la endilga...

—Como que tiene un semblante de fastidio, que no sé cómo no apaga los fuegos del porfiado. Y eso no se le escapa a la marquesa.

—La marquesa lo ve todo, hasta lo que hace su marido.

—Esa Regina sí que vive engañada. Es como el avestruz, no sólo por su cuello, sino porque se esconde con el abanico la cara, y como ella no quiere mirar, piensa que nadie la ve a ella.

—¡Demonios! El general no para, ni cede; pero la viuda... ¡Qué famoso! La viuda se duerme; ¡ha dado una cabezada! ¡No lo has visto?

—Sí, sí: la plaza está rendida.

—¡Original! ¡Asombroso! ¡La plaza está rendida... de sueño!...

III

—Abrígate bien, Lelé; ya llega nuestro coche...

—¡Qué frío!

—¡Sabes lo que ha pasado? Una cosa sensacional, estupenda. La viuda alegre va bien acompañada...

—¿Del general?

—De Guevara.

—¿Eh?

—¡Colosal! Guevara ha llegado a última hora, y, ladinamente, habilísimamente, se ha apoderado de la plaza.

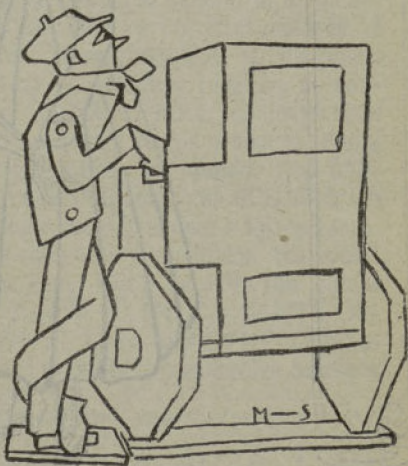
—¿Qué me cuentas? ¡Parece increíble!

—Pues sí. Y el general está furioso, como es natural; porque él opinaría que su táctica era indefectible, y llega de pronto Guevara a demostrarle que toda táctica nueva destruye lógicamente la vieja, la reemplaza, la anula. Y ya supondrás la estrategia de Guevara: aprovechar lo caldeado del sitio puesto por otro para luego él llevarse la plaza tan lindamente...

Las viejas tácticas no sirven después para maldita cosa. Ya el general debe saberlo por el general von Molke y por Guevara.

J. PEREZ RAMIREZ.

LAS VÍCTIMAS DEL TRABAJO



—Ven ustede; cómo me he quedado de darle al manubrio...

INDISCRICIONES GA ANTES

GUADALUPE... LA CAMARERA

A Joaquín Dicenta (hijo).

Todos los dolores, todas las angustias, se dieron un abrazo en la inmensidad de sus ojos sombriamente crueles; ojos que antes debieron ser flor de caricia, ráfaga perfumada, y hoy son relámpagos siniestros, puñal traidor. Jamás he visto dos ojos más profundamente negros. Son dos abismos en su rostro egipcio, que tiene todo el inquietante secreto del país maravilloso de las bayaderas.

Son dos ojos brujos, donde refulge la voluptuosidad trágica del mal, hundidos en el abismo de sus ojeras, flores de todos los pecados.

Mil veces, al verla, mi pensamiento voló por las ignotas regiones de lo maravilloso, buscando en lo desconocido la historia de esta mujer que, siendo una estrofa viviente, un ritmo cadencioso, nos niega la gracia de sus danzas...

Guadalupe... esta mujer egipcia que parece una llama atormentada por los vientos de la locura, un grito, algo para ser fugitivo, un misterio, es... camarera de café...

Pudo ser una gloriosa que, al tremolar hechicero de su cuerpo, se le rindieran príncipes; una artista in-

DEL PASADO VERANO



—Lo peor es que en Madrid no hay sitios para que nos veamos solos como aquí.
—Vamos, mujer, lo que sobran en Madrid son sitios para verse solos...

mensa que pisara fortunas con los pies, hechos de cadencias, y prefirió ser una llama viva de pasión.

Y en un gozo, toda trémula, se dió á un hombre, como una virgen pagana al dios cruel del amor...

Y fué feliz en brazos del poeta romántico, que mintió ternezas en la primavera de su amor... Y floreció su juventud, orgullosa de saberse engalanada... ¡Se hizo carne la divina ensoñación de su vida!...

Guadalupe conoció á Joaquín, el joven poeta, hijo del eminente autor de su mismo nombre, y las dos almas románticas tejieron un idilio que fué canción...

Acaso fué ella la puerta de oro que se abrió para que él saliera al sendero de los laureles.



En la batalla del amor, como en todas las batallas de la vida, sucumbe el débil, sufre el que puso más alma en sus sensaciones; muere el que sintió más profundo el mal y no tuvo fuerzas para arrancárselo á zarpazos.

Pero en esta batalla fueron dos los vencidos. Por encima del amor vibró la fatalidad. Guadalupe sintió rota su alma ante una evidencia: su amado sostenía relaciones con una mujer... Ante la revelación, sintió el derrumbarse interno de su corazón inmensamente trágico, como sus ojos, como la cadencia de su cuerpo, y no quiso saber si al florecer en el pecho del amado este amor, tuvo fuerzas para matar al otro; no quiso comprender que, al asesinar su corazón, asesinaba el del hombre querido; no quiso ver, en su ceguedad amorosa, que la vida anterior no le pertenecía, que el hombre era suyo desde el momento que desgarró en sus oídos la estrofa de amor...

Y, ciega, enigmática, misteriosa, como las pupilas profundas donde se reflejó un idilio y ahora aleteaba el jirón trágico de la muerte del amor, tuvo un gesto definitivo...

Y se hundió en la hosquedad de un café con su dolor y sus tristezas, pudiendo tremolar gloriosamente, como una nota sagrienta, en la alegría del tablado...

FANDOR.

RIMA

A *Julina F.*

Como tiemblan los niños miedosos al sentir que el menor estruendo, como tiemblan las almas sencillas si las dicen que existe el Infierno, como tiemblan las cañas flexibles al empuje sañudo del viento, al mirar de esa niña los labios y verme en sus ojos de cielo, al temer que me roben el alma, ¡de igual modo tiemblo!

LEOPOLDO CASTROJERIZ.

FOTO grafías artísticas del natural. Catálogo detallado, 30 céntimos, sellos españoles. D. Leonard, sucesor.

Rua Barao Sao Cosme,

OPORTO (PORTUGAL)

(Franquear sobre con sello de 10 cts.)

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los satarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragícos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pídase gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España) el método explicativo infalible.

Establecimiento tipográfico de «El Liberal»

Viuda de José Lerin

encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid (Abada, 22, tienda).

LAS GRANDES OBRAS ERÓTICAS

COLECCION UNICA, A UNA PESETA EL TOMO

Las mejores y más atrevidas historias galantes de la antigüedad, recopiladas de los documentos originales, por Diego Quijano.

Las grandes orgías del sensualismo, estudio histórico, por Jean Pourget.

Cómo caen las mujeres, episodios de la vida real recopilados por J. Lozano Cibeira.

Cada tomo con artística cubierta á todo color. Pídase en todas las librerías y kioscos, y á la editorial Dep, Córcega, 299, Barcelona, que las remite franco de porte, contra envío de su valor en sellos ó giro postal.

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados.)—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por cinco pesetas en giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al Extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar.—Los pedidos, con su importe, diríjense únicamente á Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid (Casa fundada en 1896).—Biblioteca privada.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 pesetas.—Exportación de revistas, periódicos y libros á España y Extranjero.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

Fruta prohibida. = Los quince goces del matrimonio.

Misterios y secretos del lecho conyugal (dos tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al Extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar. Los pedidos con su importe, diríjense únicamente á Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid (casa fundada en 1896).—Biblioteca privada.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.—Exportación, por mayor, de revistas ilustradas y periódicos á los señores libreros y corresponsales de España y América.

LA INGLESA

PRIMERA CASA EN GOMAS
HIGIÉNICAS

MONTERA, 35 (pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

(Catálogo gratis enviando sello.)

ESTABLECIMIENTO

TIPOGRÁFICO DE "EL LIBERAL,"

Impresiones de todas clases. — Cartelería. — Comedias. — Revistas ilustradas. — Cartas. — Folletos. —
:: Memorias, etc., etc. ::

Marqués de Cubas, 7.-Madrid